Al revés lo habéis, necio, de decir... o los refranes en *El Quijote apócrifo*

FRANCISCO J. ÁLVAREZ CURIEL
Asesor Lingüístico
Embajada de España en Rabat (Marruecos)

Para recordar el cuatrocientos cincuenta aniversario del nacimiento de Miguel de Cervantes no se me ocurrió nada mejor que leerme el otro *Quijote*, el de Avellaneda, y he de confesar que en esta loable decisión influyó también el hecho de que pocos meses antes tuviera la suerte de encontrarme en la vieja librería-editorial Cremades de Larache un precioso ejemplar de esta novela, con el título tendencioso de *El Quijote apócrifo*, editada por Sopena en 1916. Para animarme en la tarea comencé a anotar los refranes y frases hechas que me iba encontrando. Fruto de aquella lectura es el presente trabajo.

Como se sabe, la narración constituye la quinta parte de las aventuras del hidalgo. Sigue, por tanto, la división en cuatro partes de *El Quijote* de 1605. El argumento, en síntesis, es el siguiente: a Argamasilla de Alba, pueblo del don Quijote apócrifo, llegan Álvaro de Tarfe y otros caballeros que se dirigen a Zaragoza para participar en unas justas. Don Quijote asiste a los torneos y se comporta de una manera grotesca y ridícula. Vuelve por Alcalá a Madrid, y don Álvaro de Tarfe lo deja encerrado en la casa de locos de Toledo.

Esta continuación de *El Quijote* parece el fruto de una rabieta, por alusiones, parecida a la que movió a Cervantes a terminar su segunda parte. El verdadero autor que se esconde bajo el seudónimo de Avellaneda, sobre cuya identidad se han hecho mil hipótesis, debió de ser alguien culto, pues se maneja muy bien en latín y hace continuas referencias al mundo grecorromano Además, da muestras de conocer muy bien la técnica y la terminología del arte militar. Globalmente la obra no sufre la comparación con la primera parte de *El Quijote* cervantino —obviamente no podía conocer la segunda— a la que hace continuas referencias citando aventuras, acontecimientos y personajes.

El tono de la obra se degrada con alardes de una burda comicidad basada en exabruptos escatológicos y en detalles de mal gusto que no vienen a cuento, alejados de la fina ironía cervantina. Don Quijote es un loco ridículo y de atar que termina confinado en un manicomio. El *Caballero desamorado*, que así llama ahora Avellaneda al *De la triste figura*, olvida a Dulcinea, tachada de puta por Sancho. El escudero, que da continuas muestras de glotonería, intenta hacer juegos de palabras pero sus equivocaciones no consiguen suscitar el mismo efecto cómico; inexplicablemente, ahora sabe leer, conoce el latín y habla de *Las trescientas* de Juan de Mena. El hidalgo y su escudero van cada uno a lo suyo y apenas si están solos.

Pero centrémonos en los refranes, objeto de estas notas. Aparte de las frases hechas, la obra contiene poco más de medio centenar de paremias (prácticamente el mismo número que en el *Quijote I*), de las que muchas aparecen en Correas y en *El Quijote* cervantino. Además, y como queriendo dar prueba de su formación humanística, incluye varias paremias en latín:

Qui ignorat, ignorabitur
Ambo in foveam cadunt
Qui oves amat, in lupos saevit
Ab assuetis non fit passio
Qui amat ranam, credit se amare Dianam

Como veremos, el uso que en esta obra se hace de los refranes ni es gratuito ni es innovador: el refranero clásico castellano ya estaba consolidado; los refranes se habían empleado como rasgo caracterizador del habla popular desde la *Celestina* al *Quijote I*. El que Avellaneda ponga en boca de sus personajes, y sobre todo en la de Sancho, refranes aislados o sartas de ellos es porque este autor anónimo ha detectado la veta humorística, más que moralizante —como nos ha recordado Louis Combet, 1997—, que tras el refrán se esconde y que Cervantes explotará con más intensidad en su segunda parte.

Este uso intencionado que Avellaneda hace del refrán constituye, a nuestro juicio, uno de los escasos aciertos que en esta obra encontramos. Son tres los rasgos que nos permiten afirmar que este empleo de refranes obedece a una actitud consciente de explotarlos: la intertextualidad, las glosas y la deconstrucción.

Es obvio que Avellaneda no inventa las fórmulas introductorias que, tanto en el habla coloquial como en los textos literarios que la imitan, presentan a los refranes como textos aludidos. No obstante, detectamos que hay una insistente reiteración de presentadores; pues raro es el refrán que no está encabezado por la fórmula ritual: *como dicen*, *bien sabes* o *has leído que*, *como dice el refrán latino*, *como dicen los filósofos*, *como dicen los sabios* o *como vuestra merced* [Don Quijote] *dice*... En ocasiones se señala al autor: Avicena, Galeno... Hay un primer atisbo de humor al adjudicar nada menos que a Aristóteles un refrán al que, a buen seguro, este filósofo griego es completamente ajeno: «[...] y adiós que me mudo; o como dice Aristóteles, alón, que pinta la uva».

No hay necesidad de recordar que el *alón* rotundo que constituye el primer miembro de este refrán no es otra cosa que la vieja interjección castellana *¡alón!* —curioso galicismo, calco del imperativo francés *allons*— con que se excitaba a mudar de lugar, de ejercicio o asunto.

Más interés presentan las glosas y aclaraciones que a cada paso se hacen y con las que los personajes reflexionan sobre la literalidad del refrán con una preocupación metalingüística. Don Quijote, hablando de la *ocasión*, dice: «[...] y bien sabes que la pintaban los antiguos con copete en la frente y calva de todo el cerebro, dándonos con eso a entender que pasada ella, no hay de dónde asirla».

La misma idea aclaratoria, distinguiendo entre frase y refrán, aparece en este ejemplo: «—Ya todo eso, señor Licenciado —dijo don Quijote— es agua pasada, con la cual, como dicen, no puede moler molino».

En otro pasaje el hidalgo explica el porqué de la paliza que Sancho ha recibido en plena oscuridad, sin merecerla y sin saber de dónde le venían los palos: «—Eso fue, Sancho, el gigante —replicó don Quijote—, que no pudiéndose volver al asno, se volvió a la albarda».

Éste, Sancho, interpreta que si el refrán se hubiera tomado al pie de la letra otro gallo le cantara:

> —Es verdad que al asno no pudo llegar, que estaba en la caballeriza -añadió Sancho-; pero ¡pluguiera a Dios hubiera yo tenido encima la albarda cuando me dió los palos el gigante, vuesa merced, o la puta que los parió a ambos...!

La misma interpretación literal de un refrán enfada a don Carlos, y no sin razón, cuando Sancho le espeta:

> ... manos besa el hombre que las quería ver cortadas.
> —¡Oh Sancho! —dijo don Carlos.— ¡Tanto mal os he hecho yo, que querríades verme cortadas las manos!
> —No lo digo por eso —respondió él—, sino que me vino a la boca ese refrán, como se me vienen otros.

En esta actitud metalingüística y en la aclaración que del refrán se hace, detectamos atisbos de humor ausentes del tono general de la obra. En otro momento Sancho contradice el sentido y la oportunidad de dos refranes aducidos por su amo inventándose un contra-refrán con el que, pensando en su jumento, se defiende de posibles malentendidos. Dice don Quijote:

> Parece, Sancho que el que se llega a los buenos ha de ser uno de ellos, y quien anda entre leones a bramar se enseña.
> —Eso sí —dijo Sancho—; pero no a rebuznar quien va entre asnos.

En último lugar, y aquí es donde este Quijote presenta especial relevancia en lo que a Paremiología se refiere, Avellaneda deconstruye refranes. Si son mensajes literales, inmutables ¿Qué pretende al trastocarlos? Sin duda busca una función lúdica, es decir, hace una gracia, un juego de palabras, un chiste. Si las "prevaricaciones" del Sancho cervantino contribuyeron a dar un sesgo cómico al habla del escudero, Avellaneda tiene el acierto de conseguir lo mismo al jugar con el sentido y la forma de los refranes.

En el *Quijote I* y *II* hay algunos casos de deconstrucción de refranes; el más conocido es aquel de Sancho que reza así: «Quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga». Es el único que encontramos en la primera parte. En la segunda hay otros ejemplos: «Allá van reyes do quieren leyes»; «Todos los duelos con pan son buenos». El juego con las estacas y los tocinos, verdadero alarde de *ars combinatoria* («Donde no hay tocinos no hay estacas»; «Donde no hay estacas hay tocinos»; «No siempre hay tocinos donde hay estacas») se produce en la II parte; en la primera había aparecido el refrán correcto: «Muchos piensan que hay tocinos y no hay estacas». En Avellaneda, por el contrario, encontramos casi una veintena.

El caso de deconstrucción más simple es el de la sustitución de una palabra clave por otra, o bien, la simple alteración del enunciado, llegando incluso a la "prosificación", sin que por ello quede afectado al sentido del refrán original:

> En la barba del ruin se enseña el barbero.
> Donde no se piensa se caza la liebre.
> Quien ama el peligro, mal que le pese ha de caer en él.
> El que se llega a los buenos ha de ser uno de ellos.
> Es infalible que se llegue al cabo de adonde se saca algo y no se echa.

Del conocido refrán «Más vale pájaro en mano que ciento volando», presenta dos variantes contradictorias: la de «Más vale pájaro en mano que buitre volando» (que aparece en Cervantes dos veces, una en cada parte) y la otra, más original, «Más vale buitre volando que pájaro en mano».

Avellaneda da un paso adelante en la deconstrucción de refranes; este proceso "degenerativo" consiste en el intercambio de palabras claves entre el primer y el segundo miembro. El resultado es un enunciado asemántico que mantiene la estructura de refrán pero cuya nueva formulación nos deja perplejos porque es un sinsentido. Es el proceso normal para llegar al chiste:

> A otro hueso con ese perro.
> Más longanizas hay que días.
> Viendo la barba de tu amigo remojar, echen la tuya a quemar.
> Al que Dios madruga, mucho se ayuda.

Con respecto a éste último, Cervantes sólo alterará levemente el refrán original, «Al que madruga, Dios le ayuda», en la segunda parte de su *Quijote*: «Más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga».

El mismo mecanismo se sigue en este ejemplo: «Más vale que lo que se ha de hacer temprano se haga tarde». De moralizante o práctico, nada. Otra cosa es que, en la vida diaria, muchos lo sigamos a rajatabla.

Otra modalidad de juego con el sentido y la forma de los refranes es la pareja de paremias, «Allá darás rayo; que no en mi sayo»; «Allá darás, sayo, en casa el rayo», deformación jocosa de «Allá

darás rayo, en casa Tamayo» («...en casa de Ana Gómez» o «...en casa de Ana Díaz»). Pero lo que pudiera ser humor, sin más, se torna pesimismo, malhumor: «En la arca abierta siempre el malo peca».

Este cambio de «el justo» por «siempre el malo» no surte ningún efecto cómico. El nuevo refrán no dice nada que, según una lógica de lo más cínica, no pudiera esperarse.

«Quien más no deja, morir se puede». Esta paremia recién inventada por Avellaneda constata, por desgracia, una triste realidad de todos los tiempos: al viejo pobre nadie le quiere. Correas recogerá el correcto en el que se habla de la resignación: «Quien más no puede morir se deja». Pero a continuación viene otro de la misma familia con el que se reprocha la actitud de los hombres tardíamente caseros ya que, mientras fueron jóvenes, anduvieron por ahí haciendo de las suyas: «Quien más no puede, con su mujer se acuesta».

Y termino con el menos aleccionador de todos, trasunto tal vez de la personalidad resentida del autor de este falso *Quijote*: «Haz mal y no cates a quién; haz bien y guárdate». Correas recoge el refrán auténtico: «Haz bien y no cates a quién; haz mal y guárdate», cuya compleja estructura de cuatro miembros es el resultado de la suma de dos paremias complementarias: la primera es reproducción de la sentencia evangélica «Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha»; la segunda, pura estrategia de escaqueo o consigna para maleantes. Pues bien, don Gonzalo añade a continuación, en una de sus glosas más prolijas, lo siguiente:

> Con letras de oro había de estar escrito este refrán, digno de la nobleza y caridad española, que no le he visto en otra lengua. [Pero] algunos escarmentados truecan las palabras y dicen: «Haz mal y no cates a quién; haz bien y guárdate».

Luego, tras estos buenos consejos y como dando muestras de evidente resquemor y desconfiando de la condición humana como el gato escaldado que hasta del agua fría huye, afirma que este mal refrán también se cumple, por lo que concluye con un cínico mensaje: «[...] si da la mano a uno que se ahoga, désela de manera que se asegure primero, y tenga cuidado para que el otro no le lleve detrás de sí a lo hondo y se ahoguen entrambos».

Para concluir, sólo recordar que todos estos refranes rehechos o contrahechos los pone Avellaneda en boca de Sancho quien con estas paremias prevaricadoras consigue parecerse al escudero cervantino. Al menos en este caso no merece el duro reproche que le hace don Quijote: «Al revés lo habías, necio, de decir».

ANEXO

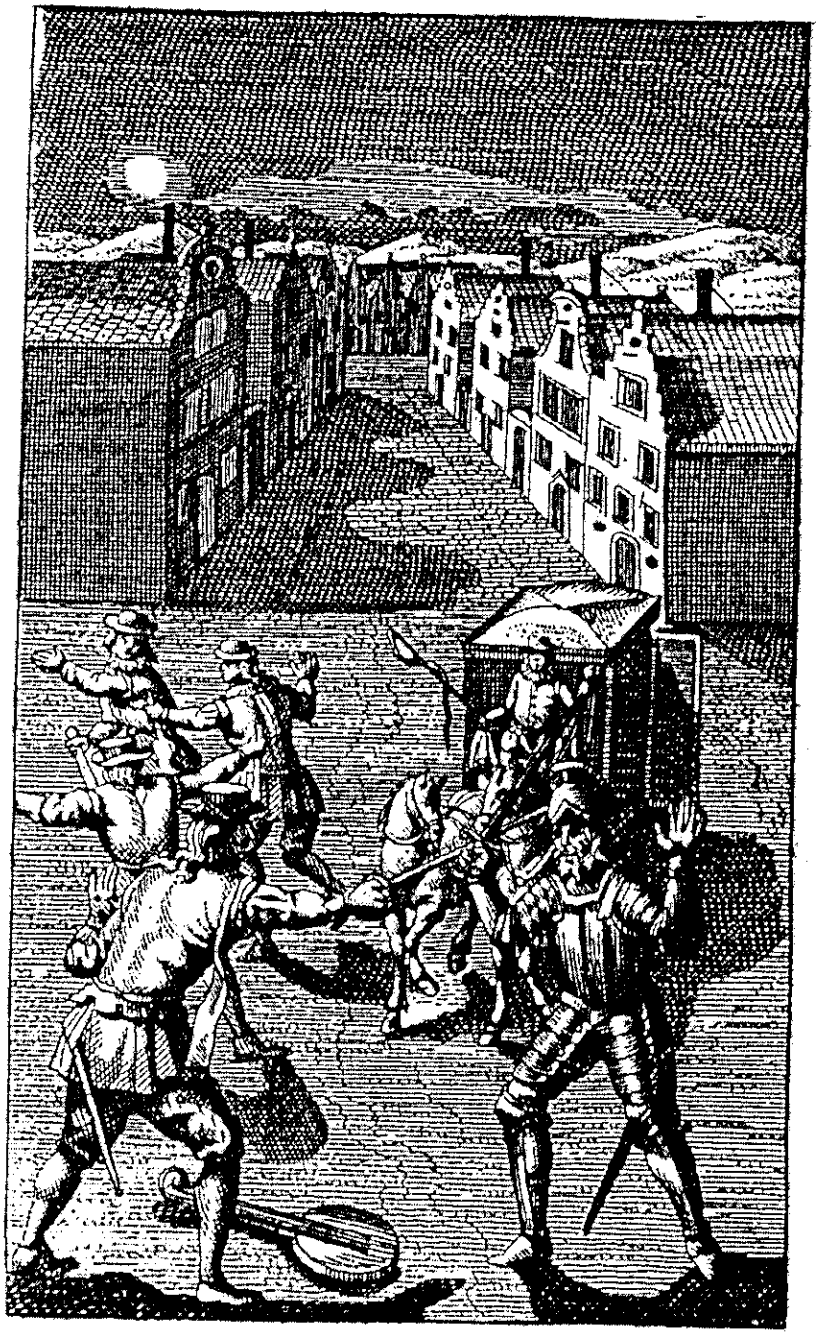
Relación de refranes por orden de aparición en la edición de la Editorial SOPENA de 1916.

Agua pasada no puede moler molino (p. 31)
El huésped merece ser honrado (p. 32)
Allá se lo haya (p. 40)
Con su pan se lo coma (p. 40)
Quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda (p. 40)
Un ánima sola ni canta ni llora (p. 40)
Cuando la perdiz canta, señal es de agua (p. 40)
A falta de pan, buenas son tortas (p. 40)
Los yerros por amare, dignos son de perdonare (p. 44)
Lo crudo sobre lo indigesto engendra enfermedad. (p. 43)
La ociosidad es madre y principio de todos los vicios (p. 44)
No quiero perro con cencerro (p. 46)
De noche todos los gatos son pardos (p. 57)
A falta de colcha no es mala manta (p. 57)
Aunque negras no tiznamos (p. 63)
Agua pasada no muele molino (63)
Quien mucho abraza poco aprieta (p. 64)
Más vale pájaro en mano que buitre volando (p. 64)
Quien ama el peligro, ha de caer en él (p. 73)
La ocasión la pintaban calva (p. 73)
Al enemigo que huye, hacerle la puente de plata (p. 78)
La alabanza pierde (p. 105)
Lo que se ha de hacer temprano se haga tarde (p. 123)
Al que Dios madruga, mucho se ayuda (p. 123)
Allá darás, sayo, en casa el rayo (p. 123)

Más vale buitre volando que pájaro en mano (p. 123)
La costumbre convierte las cosas en naturaleza (p. 125)
En la barba del ruin se enseña el barbero (p. 150)
El que se llega a los buenos ha de ser uno de ellos (p 151)
Quien anda entre leones a bramar se enseña (p 151)
No pudiéndose volver al asno, se volvió a la albarda (p. 154)
Al mozo malo ponedle la mesa y enviadle al recaudo (p. 184)
El oír no puede ofender (p. 188)
Es infalible que se llegue al cabo de adonde se saca algo y no se echa (p. 195)
La letra con sangre entra. (p. 223)
Donde no se piensa se caza la libre (p. 241)
Do quiera que vayas, de los tuyos hayas (p. 241)
No es la miel para la boca del asno (p. 251)
Viendo la barba de su amigo remojar, echen la suya a quemar (p. 258)
Allá darás sayo; que no en mi rayo (p. 266)
Con su pan se lo coma (p. 266)
Haz mal y no cates a quién, haz bien y guárdate (p. 266)
Quien más no deja, morir se puede (p. 273)
A otro hueso con ese perro (p. 280)
Al enemigo que huye, la puente de plata (p. 292)
En manos está el pandero que le sabrán bien tañer (p. 294)
Adiós que me mudo (p. 296)
Alón, que pinta la uva (p. 296)
Más longanizas hay que días (p. 297)
Bien sabemos aquí mamarnos el dedo, aunque bobos (p. 297)
A quien dan no escoge (p. 315)
Quien tal hace que tal pague (p. 324)
Manos besa el hombre que las quería ver cortadas (p. 330)
San Pedro se lo bendiga (p. 339)
A perro viejo no hay cuz cuz (p. 340)
Al enemigo que huye, la puente de plata (p. 353)
Harto hace quien hace hacer (p. 365)
¿Quién es tu enemigo? el de tu oficio (p. 371)
En la arca abierta siempre el malo peca (p. 371)
Quien hurta al ladrón digno es de perdón (p. 371)
No todos saben todas las cosas (p. 375)
Cada loco con su tema (p. 376)
Ciertos son los toros (p. 379)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

COMBET, L. (1997): «La fonction occulte des proverbes dans le *Don Quixote*», *Paremia*, 6: 173-178.
CORREAS, G. (1627=1992): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Madrid: Visor.
FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, A. (1916): *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha (El Quijote apócrifo)*. Barcelona: Sopena.
FERNÁNDEZ-SEVILLA, J. (1983): «Presentadores de refranes en el texto de *La Celestina*», *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, I: 200-218. Madrid: Cátedra.
GARCÍA-PAGE, M. (1993): «La función lúdica en la lengua de los refranes», *Paremia* 2: 51-58.
ROSENBLAT, A. (1971): *La lengua del «Quijote»*. Madrid: Gredos.



Alonso Fernández de Avellaneda, *Nieuwe Avantuuren Van der Vroomen en Wijzen Don Quichot de la Mancha*, 1706.
(Ilustración proporcionada por Rafael Berrocal)